

## THE SOCIAL FUNCTION OF HUMAN ACTIVITY IN GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

### Resumen

En este artículo de investigación son analizadas, mediante una metodología cualitativa, algunas ideas esenciales de García Márquez, a partir de su desempeño como periodista y escritor, en relación con sus reflexiones antropológicas sobre la función social de la actividad humana. El objetivo es destacar en su concepción su optimismo epistemológico y axiológico, pero esencialmente político y social referido a lo que cada hombre debe contribuir a la sociedad en beneficio de la perfectible condición humana, especialmente a través de la educación y la cultura. En toda su obra intelectual y política es evidente su compromiso orgánico por luchar por una sociedad superior en la que se dignifiquen a los pueblos latinoamericanos.

### Palabras clave

Condición humana, función social, perfectibilidad, cultura y educación.

### Abstract

In this research article are analyzed with a qualitative methodology some ideas some essential ideas of Gabriel García Márquez, discusses from his work as a journalist and writer, in relation to his anthropological reflections on the social function of human activity. Epistemological and axiological optimism stands out in his conception but essentially political and social referred to what every man should contribute to society for the benefit of the perfectible human condition, especially through education and culture. His organic commitment by fight for a society in which dignity the Latin American peoples is evident in all his intellectual and political work.

### Keywords

Human condition, social function, perfectibility, culture and education.

**Referencia:** Machado Pardo, L. E. (2019). La función social de la actividad humana en Gabriel García Márquez. *Cultura Latinoamericana*. 29 (1), pp. 68-86. DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.29.1.3>

# LA FUNCIÓN SOCIAL DE LA ACTIVIDAD HUMANA EN GABRIEL GARCIA MARQUEZ

*Ligia Estela Machado Pardo\**

*Fundación de Pensamiento Colombiano y Latinoamericano*

---

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2019.29.1.3>

La confianza de García Márquez en la permanente perfectibilidad de la condición humana lo distanció de las filosofías especulativas, respecto a una presunta esencia humana inamovible, así como de la resignación religiosa ante un hombre eternamente condenado por su condición de pecador, o del fatal designio de concebirlo como una especie de fierecilla indomable.

Su obra, tanto periodística como narrativa, destila el convencimiento de que el ser humano, dada su genuina condición, es perfectible también a través de la educación y la cultura, las cuales le permiten tener mayor confianza en su espíritu de superación y grandeza.

Este optimismo epistemológico y axiológico evidencia que en él prevalece una perspectiva progresiva en cuanto a la condición humana, frente a cualquier tipo de desilusión o escepticismo que pueda producirse en la sociedad dada la exclusión, las injusticias y el fracaso de determinados experimentos sociales.

Algunos de los aspectos que ayudan a comprender que propugnaba para los pueblos de Colombia y de toda Latinoamérica para el logro de una vida digna se pueden observar en sus numerosas declaraciones al respecto. En ellas se estimula, especialmente a los jóvenes, a alcanzar una mejor realización personal, para lo cual considera indispensable que se disponga de distintos medios, tanto económicos

---

\*Especialista en pensamiento filosófico y educativo en América Latina de la Universidad INCCA de Colombia; licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas de Bogotá. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4806-1246>. Contacto: [ligiaestela1981@gmail.com](mailto:ligiaestela1981@gmail.com)  
El artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Fundación de Pensamiento Colombiano y Latinoamericano.



como materiales, para prepararse en una profesión que satisfaga las expectativas de vida, y de ese modo poder desempeñarse a plenitud en un trabajo digno. Este debe permitirle adquirir experiencia y aportar su conocimiento al servicio propio y del bien común, y de esa forma vivir dignamente de lo que se sabe hacer.

La Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo no ha pretendido una respuesta, pero ha querido diseñar una carta de navegación que tal vez ayude a encontrarla. Creemos que las condiciones están dadas como nunca para el cambio social, y que la educación será su órgano maestro. Una educación, desde la cuna hasta la tumba, inconforme y reflexiva, que nos inspire un nuevo modo de pensar y nos incite a descubrir quiénes somos en una sociedad que se quiera más a sí misma. Que aproveche al máximo nuestra creatividad inagotable y conciba una ética —y tal vez una estética— para nuestro afán desaforado y legítimo de superación personal. Que integre las ciencias y las artes a la canasta familiar, de acuerdo con los designios de un gran poeta de nuestro tiempo que pidió no seguir amándolas por separado como a dos hermanas enemigas. Que canalice hacia la vida la inmensa energía creadora que durante siglos hemos despilfarrado en la depredación y la violencia, y nos abra al fin la segunda oportunidad sobre la tierra que no tuvo la estirpe desgraciada del coronel Aureliano Buendía. Por el país próspero y justo que soñamos: al alcance de los niños (García, 2015, p. 319).

Desde sus primeras manifestaciones, la intelectualidad latinoamericana, del mismo modo que numerosos líderes políticos, ha confiado de manera sobredimensionada en el papel de la educación como instrumento de perfeccionamiento social.

Lógicamente resulta válido otorgar a la educación una función promotora esencial del progreso social. Sin embargo, hiperbolizarla puede conducir a propuestas idealistas estériles que no propician el progreso social.

Por supuesto, como plantea Paulo Freire, la educación no resuelve todo, pero sin la educación no se resuelve nada, pues “enseñar exige la convicción de que el cambio es posible” (Freire, 2010, p. 63).

Gabriel García Márquez tuvo mucha claridad respecto al papel de la educación y la cultura, y en consecuencia les exigía una alta responsabilidad a profesores e intelectuales. De ahí que sostuviera:

El escritor tiene que ser escritor, con todos los riesgos que esto implica [...]. El escritor tiene que tratar de vivir de lo que escribe, como el zapatero vive de los zapatos que hace. Claro que es duro por el tipo de sociedad



en que vivimos. Pero hay que correr los riesgos de la vocación: si se asume la vocación, es con todos sus riesgos. [...] he hecho toda clase de trabajos dignos y probablemente algunos indignos para poder seguir escribiendo. La prueba de que no hice mal es que ahora empiezo a vivir de mis libros (Castro, 1969, p. 33).

Al respecto, Alfonso Rentería (1979), quien se declaró un profundo admirador de García Márquez, no solo por su obra periodística y literaria, sino también por sus acciones y posturas ante la vida, decía:

El mismo escritor que no se ha dejado manosear por el Jet Society International, grupo que desafortunadamente lo quiso integrar en su séquito y que recibió del novelista los más sonoros desplantes. El mismo que tampoco se dejó tentar con medallas y condecoraciones de gobiernos pseudo-democráticos, porque consideró que eso no era coincidente con sus convicciones. En fin, el mismo que terminantemente ha repetido: “No me olvidaré nunca de que no soy nada más que el hijo del telegrafista de Aracataca” (p. 10).

La confianza de García Márquez en sociedades con sistemas más deseados, más justos y más vivibles para la especie humana lo llevan a reflexionar sobre aspectos que necesitan mayor atención y pueden servir para garantizar las condiciones materiales y espirituales de vida. Es decir, sus escritos no solo tienen la intención de recrear y hacer disfrutar a su diverso público, sino también de describir con detalle lo que considera se debe mejorar. En ese sentido plantearía:

Yo pienso que nuestra contribución para que América Latina tenga una vida mejor no será más eficaz escribiendo novelas bien intencionadas que nadie lee, sino escribiendo buenas novelas. A los amigos que se sientan obligados de buena fe a señalarnos normas para escribir, quisiera hacerles ver que esas normas limitan la libertad de creación y que todo lo que limita la libertad de creación es reaccionario. Quisiera recordarles, en fin, que una hermosa novela de amor no traiciona a nadie ni retrasa la marcha del mundo, porque toda obra de arte contribuye al progreso de la humanidad, y la humanidad actual no puede progresar sino en un solo sentido. En síntesis, creo que el deber revolucionario del escritor es escribir bien. Ese es mi compromiso (Durán, 1984, p. 40).

Entre líneas se puede leer que en este planteamiento subyace una crítica a la literatura panfletaria, en especial a aquella producida bajo la orientación del “realismo socialista”.



Solo una profunda convicción humanista práctica y revolucionaria podía servir de consecuente sustento a un escritor de tal talla para acompañar a otros —no solo latinoamericanos, sino de todo el orbe, que han alcanzado también el premio Nobel— a formar parte hoy del panteón de la cultura universal y sus mejores exponentes, como evidencia de que el humanismo genuino no constituye una utopía abstracta, sino muy concreta, según Ernst Bloch (1977), y, por tanto, realizable.

García Márquez tenía plena conciencia de que su obra periodística y literaria podía contribuir a soñar despierto en un posible mundo de paz, como siempre anheló, para su patria, Colombia. El ferviente deseo de que prevaleciese una cordial armonía se refería a su verdadera patria, que no era solo toda Latinoamérica, sino la humanidad. De otro modo no hubiera trascendido tanto su pensamiento a la cultura universal.

Estaba plenamente convencido de que escritores y artistas podían contribuir eficazmente en la construcción de un mundo pacífico y más justo, esto es, más humano. Así lo reveló al comentar la importancia del mensaje transmitido a través de la creatividad plástica de un grupo de pintores latinoamericanos:

Entramos, pues, en la era de América Latina, primer productor mundial de imaginación creadora, la materia básica más rica y necesaria del nuevo mundo. Y del cual estos cien cuadros de cien pintores visionarios pueden ser mucho más que una muestra: la gran premonición de un continente todavía sin descubrir, en el cual la muerte ha de ser derrotada por la felicidad, y habrá más paz para siempre, más tiempo y mejor salud, más comida caliente, más rumba sabrosa, más de todo lo bueno para todos. En dos palabras: más amor (García, 1990).

Más allá de la calidad estética de sus trabajos —sin importarle mucho la opinión de los críticos literarios, de los cuales no siempre tuvo la mejor opinión—, algo que trasciende en su obra, tanto periodística como narrativa, es su profundidad filosófica en cuanto a revelar las potencialidades y las limitaciones, históricamente favorecidas o desfavorecidas, de la condición humana. Porque de lo que sí no debe caber duda es de que su pensamiento estaba imbuido de una profunda y arraigada convicción de que la humanidad estaba obligada a superar tanto el “socialismo real” como el “capitalismo real”.

Sus ideas se correspondían con el grupo de Barranquilla, del cual formaron parte destacados intelectuales unidos por la amistad y el



compromiso con su gente como Manuel Zapata Olivella, quien consideraba la primera responsabilidad como hombre y como escritor de saberse producto de una historia, de una geografía y de un mestizaje racial y cultural. Su conciencia lo lleva a rechazar las injusticias sociales, étnicas y culturales en el país, y lo obliga a estar con el oprimido, cualquiera que sea el lugar donde se lo tiranice (Baldi, 2016).

Estaba convencido de la capacidad de superación cultural de los seres humanos y del rol que deben cumplir los intelectuales para contribuir a ese empeño. Por ello se preguntaba:

¿Un escritor tiene que tomar en cuenta el índice de analfabetismo de los lectores para escribir sus libros, es decir, tiene que bajar el nivel de comprensión cultural de sus libros hasta el nivel cultural de los lectores, o tiene que escribir el libro como cree que debe ser y esperar que tarde o temprano los lectores alcancen el nivel cultural de ese libro? Yo creo que es la segunda posición la que se debe adoptar, es decir, la obra literaria debe estar al nivel cultural que el escritor considere que debe estar y ese mismo escritor y todos los escritores y toda la gente que sienta a su país y que considere que la humanidad debe seguir hacia adelante debe trabajar en el sentido de que los lectores mediante una culturización intensa, que probablemente no será posible sino mediante una revolución, alcancen el nivel cultural al punto de comprender esa obra (Castro, 1976).

El esplendor literario que se gestó en América Latina, especialmente desde mediados del siglo XX, se distingue por reflejar y describir las condiciones objetivas de este continente, y la presencia del negro, el indígena, el mestizo, que habían comenzado a aflorar con mayor fuerza desde la segunda década de ese siglo, se convertiría cada vez más en tema obligado en la nueva narrativa del llamado *boom* de la literatura latinoamericana.

García Márquez no es ajeno a estos marcos de referencia que reclamaban un concepto más abarcador, capaz de encontrar métodos más apropiados y atemperados a las necesidades y problemas de esta región.

Al analizar esta situación, la investigadora italiana Rosa María Grippo (2010) plantea que:

Se ha reescrito la historia de un continente a través de sus hombres más significativos: personajes reales como protagonistas de las novelas históricas, enriquecidos, redelineados, o reinventados gracias a enfoques inéditos, acontecimientos privados, palabras y pensamientos jamás recogidos por la Historia.



La “nueva novela histórica abandona los perillos marmóreos de los héroes [...], los juicios implacables sobre los antihéroes [...], las desavenencias de los descubridores [...]. la intocabilidad de los reyes” (Larios, 1997, p. 135): sería el caso del Colón de Carpentier, Roa Bastos y Abel Posse (*El arpa y la sombra*, *Vigilia del almirante* y *Los perros del paraíso*, respectivamente), y del Bolívar de García Márquez (*El general en su laberinto*), personajes oficiales, consagrados, mostrados desde la otra historia, la *otra* cara, o sea, una versión si bien no siempre opuesta, al menos crítica y no coincidente con la oficial. Son textos que relatan los últimos pensamientos y los últimos actos —casi *in articulo mortis*— de quienes en su propia vida habían impuesto en textos oficiales la versión acreditada de los acontecimientos; en ellos, por lo tanto, la desacralización de la Historia aparece tanto más cruel y radical en cuanto los personajes viejos y vencidos, pero ya míticos, son los mismos que habían hecho la Historia con sus hazañas, pero también con sus textos (p. 81).

La confianza de Gabo en el compromiso ético que debe asumir toda persona frente a la comunidad lo hacía considerar que en periodismo la ética es inseparable de la técnica, como el zumbido del moscardón, y es deber de los diversos estamentos de la sociedad que cumplen una misión social desempeñarla con una actitud responsable y de estricto servicio hacia los grupos humanos más vulnerables.

Manifestó su optimismo en la sociedad civil y reconoció como uno de los mayores logros de la actividad del ser humano su necesidad de hacer el bien, lo que expresa principalmente en situaciones extremas, cuando la solidaridad y el deseo de ayudar deben prevalecer sobre actitudes individualistas y egoístas propias de las sociedades enajenadas.

Prestó siempre especial atención a la función social de la actividad humana a partir del criterio de que esta debía cultivarse por múltiples medios, desde la familia, la escuela, el barrio, la sociedad civil, pero en especial por el impulso de expresiones culturales como la literatura y el arte, y en particular por medio del periodismo.

En sus reportajes sobre catástrofes y desastres que han padecido algunos países tiene una significación especial la solidaridad ante el infortunio. Decía que el amor se hace más fuerte y noble en la calamidad. Da cuenta de esto el análisis que hace sobre las bombas atómicas lanzadas en Japón al final de la Segunda Guerra Mundial.

La recuperación moral de Hiroshima fue casi inmediata. Al día siguiente de la catástrofe empezaron a recibirse auxilios de las ciudades vecinas. Durante seis días cada sobreviviente recibió una escudilla con 150 gramos de arroz. La fortaleza moral del pueblo fue superior a la bárbara y despiadada experiencia



atómica. En menos de una semana se cremaron los cadáveres, se organizó a los sobrevivientes, se improvisaron los hospitales y se identificó a los millares de niños que quedaron a la deriva. En la actualidad, y en virtud de una ley japonesa que ordena sea construida en concreto toda casa con más de dos plantas, la ciudad está completamente modernizada, y tiene la calle más ancha del mundo: más de cien metros. Pero para transitar por esa calle hacen falta las 240.000 personas que murieron en la explosión (García, 1976, p. 107).

Los reportajes sobre el importante trabajo que desempeñaron los clérigos en el derrocamiento de la dictadura de Pérez Jiménez en Venezuela, su visita en Italia al papa Juan Pablo II para abogar por los niños que sufrían de hambre, y la misión que desempeñó el padre García Herreros para lograr la liberación de secuestrados en la conflictiva época del auge del narcotráfico en Colombia, constituyeron temas especiales de sus análisis sobre el relevante protagonismo de algunas personalidades religiosas. En relación con su visita al Papa Juan Pablo II, expresó:

El Papa me recibió cuando apenas había transcurrido un mes desde su elección. Lo visité para pedir ayuda en algunos programas de derechos humanos en América Latina, pero él solo parecía interesado únicamente en los derechos humanos de la Europa Oriental. Sin embargo, pocas semanas después, cuando fue a México y se enfrentó por primera vez con la pobreza del Tercer Mundo, tuve la impresión de que había empezado a ver un lado de la humanidad que no conocía hasta entonces (Rodríguez, 1990, p. 656).

Sobre el padre García Herreros sostuvo que “era de lejos el único colombiano influyente que nunca soñó con ser presidente de la república. Su cabeza nevada y su ruana de lana blanca sobre la sotana complementaban una de las imágenes más respetables del país” (García, 2007, p. 138). Valoró la firme decisión del padre al utilizar un espacio de su programa, “El minuto de Dios”, para pedir por la vida y libertad de las personas víctimas del narcotráfico.

Vale destacar que sus propósitos estuvieron abiertos a la buena disposición y eficiencia del trabajo de cada uno de los integrantes con los que iniciaba sus proyectos, donde se conjugó la experiencia de sus colaboradores con los deseos y firmeza de la juventud, de la cual siempre tuvo la mejor imagen. Sus buenos amigos, que algunos también fueron sus contradictores políticos, encontraron espacios comunes de unión y disposición para el trabajo de lo que consideraban justas luchas.



Firme en la convicción de enriquecer la realidad con nuevas formas de hacer un periodismo que impacte y suscite en los lectores compromisos con la transformación de la sociedad, y consciente de que la información estaba mediada básicamente por los intereses de grupos económicos, que presentan las verdades a medias, comprendió que su estilo no estaba condicionado por la “chiva” (novedad) periodística y las grandes noticias, sino por el análisis del detalle de la supervivencia, por el acecho del día a día, la manera como hombres y mujeres enfrentan su condición de vida.

Al respecto, la periodista María Elvira Samper reconocerá que aprendió de Gabo que nada es despreciable como noticia, que de cualquier cosa se puede hacer o una gran crónica o un gran artículo. Su obsesión por el detalle, por saber observar y escoger la palabra precisa, le permitían buscarles contexto a las noticias.

Su trayectoria en el periodismo le permitió desarrollar diversas funciones dentro de esta actividad y escalar rápidamente hasta obtener el cargo de reportero, que fue el que le dio mayor satisfacción y por el cual sentía verdadera pasión y vocación, al darle la oportunidad de experimentar desde diversos frentes la actividad periodística.

Sus reflexiones están a tono con reconocer en el ser humano el potencial de grandeza que le da la posibilidad de anteponerse a la angustia del drama:

Un hombre que sabe a profundidad lo que es una crónica, lo que es una noticia, un simple reportaje, una nota, una reseña, y que además es un obrero raso del oficio y a la vez un maestro, un buceador incansable, un hombre que se ha sabido sumergir en lo más hondo de cada uno de estos subgéneros y los ha sabido encarar con grandeza (Díaz-Granados, 2005, p. 9).

No desistió de la posibilidad de tener su propio espacio informativo, llegó a ser dueño y director de revistas, noticieros, y propició la inauguración de centros como la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), en las cuales desplegó sus potencialidades al compartir sus vivencias y poner en práctica una forma novedosa de aprendizaje:

(...) tomé conciencia de que no quería llevarme conmigo la experiencia de casi toda una vida. Pensé que la única manera de contarla era al estilo de los antiguos maestros del Renacimiento, de persona a persona. Pero como esto era una exageración, decidí reunirlos de diez en diez (Mora, 1995).



Partiendo de que solo se puede aprender haciendo, invitó a expertos reconocidos en el mundo del cine —mediante la Fundación Nuevo Cine Latinoamericano— y el periodismo a desarrollar talleres para intercambiar experiencias propias de la labor, sus conocimientos y teorías, y la vocación era el único requisito para integrarse a este didáctico aprendizaje.

Trascendental en su vida fue la dedicación a la narrativa, al cine y al periodismo, no solo informativo, sino arriesgado. Su arma más valiosa fue la palabra conjugada con el verbo preciso, en el momento preciso, que lograba la irritabilidad del necio cuando con sus argumentos apoyaba la autonomía y el valor de los pueblos para dirigir sus propios destinos. Específicamente sintió hacia la Revolución cubana una simpatía incondicional, forjada de inmediato después de su triunfo en enero de 1959, cuando fue a La Habana a trabajar en la redacción de la naciente agencia Prensa Latina, y que continuaría cultivando durante toda su vida.

De ninguna manera admitía como válida la importación de las revoluciones sociales, ni que se hiciesen copias de las fórmulas de socialismo experimentadas en la Unión Soviética, en los países de Europa oriental o en Asia. Consideraba que son pocos los logros sociales que se han conseguido con la implantación de modelos económicos capitalistas. Por eso se necesita de otro modelo capaz de suplir tantas falencias, de lograr un equilibrio social. Ese espíritu de cambio y enaltecimiento de la dignidad humana lo sentía posible en la naciente Revolución cubana.

Su confianza en las recientes posibilidades que empezaba a brindar América —revoluciones, transformaciones de la estructura social y originales cambios en la concepción de la realidad a través de una narrativa que reconoció lo «nuestroamericano»— lo acercó más a aquella tradición proclamada por reconocidos intelectuales y precursores de la independencia, en la cual el crear y el inventar eran las consignas para transformar nuestras necesidades. Así lo manifestaba Simón Rodríguez (2004):

No es sueño ni delirio, sino filosofía..., ni el lugar donde esto se haga será imaginario, como el que se figuró el Canciller Tomás Moro; su utopía será, en realidad, la América. ¿Dónde iremos a buscar modelos? La América Española es original. Original han de ser sus Instituciones y su Gobierno. Y originales los medios de fundar unas y otro. O inventamos o erramos (p. IX).



Como una nueva esperanza para estos pueblos de aparente vida “republicana”, caracterizados por la exclusión y el despotismo del dictador, esa cruel “figura mitológica” que ha creado América, la Revolución cubana reverdece y vuelca su mirada hacia el nuevo hombre, hacia aquel al que se ha negado su condición. Al respecto, María Lojo (2004) plantea que:

Será necesario, por lo tanto, reescribir la Historia y las historias, recuperando y dando su justo lugar a aquellos intelectuales que fueron voces disidentes en su época [...] que supieron vincular la condición de los aborígenes y la condición de las mujeres (aun dentro de la sociedad “civilizada”) en lo que tenían de común: la subalternidad y la exclusión disvalorativa con respecto a los parámetros de la ratio occidental (p. 311).

Aún no conocía personalmente a Fidel Castro, pero estaba interesado en saber quién era ese joven abogado que dominaba mejor la estrategia que las leyes. Qué calidad expresaba su rostro y daba firmeza a sus palabras, lo cual le hacía ganarse el cariño y confianza de la gente, qué posibilidades reales tenían sus ideas revolucionarias. Por qué este proceso podía centrar la atención de muchos medios que se empeñaban en distorsionar la imagen del líder y no reconocer la capacidad de un pueblo de dirigir sus propios destinos.

La revista venezolana *Momento* entrevistó a Emma Castro, la hermana de Fidel, y escribió dos artículos en los cuales reconocía una imagen más humana del líder que la creada por la publicidad. Hablaba de que “esa preocupación por los problemas de sus semejantes, unida a una voluntad inquebrantable, parece constituir la esencia de la personalidad, y le atribuye también una reserva inquebrantable en las reservas morales del pueblo” (Rodríguez, 1990, p. 10).

Posteriormente, como corresponsal de dicha revista en Estados Unidos, sufriría las consecuencias de tal identificación con el proceso revolucionario cubano: “Exiliados cubanos de Nueva York le amenazaban por teléfono; le recordaban a veces que tenía una esposa y un niño, que algo podía ocurrirles a estos” (García, 1993, p. 20). Dificultades que hicieron de esta la época de mayor tensión, pero no lograron interferir con otras pasiones, como las de compartir su tiempo con sus amigos y vivir la experiencia más apasionante de su vida: ayudar a crecer a sus dos hijos.

No en todas las ocasiones sus notas lograban el impacto social al cual el público se había acostumbrado. Precisamente porque no toda su obra periodística es política. Pero sus primeros escritos fueron fer-



mento para consolidar y cultivar la pasión por la lectura y el motivo para expresar lo que consideraba su mayor facilidad: narrar.

Concebía muy bien el valor que representa el arte, por lo que afirma:

La única función que debe tener una obra de arte es crear valores estéticos, permanentes. Y quiero aclarar esto: si de casualidad o de carambola estos valores estéticos coinciden con una visión determinada de la situación del mundo o del país, eso no significa que la coincidencia implique un mensaje ni que las masas deben exigírsela al intelectual, para la solución de los problemas de las masas. El “Canto de amor a Stalingrado” no vale por su agresiva beligerancia política, sino porque creó valores estéticos permanentes (García, 1976, p. 80).

Esta cualidad de ser narrador y tener buen sentido del humor, que refleja en muchos de sus cables enviados desde Europa, le sirvieron para sobreponerse a las dificultades encontradas en el camino, cuando fue enviado como corresponsal del diario *El Espectador* para cubrir las negociaciones en Ginebra entre los “Cuatro Grandes”: la URSS, EE. UU., Gran Bretaña y Francia, donde las posibilidades de tener acceso a la información estaban controladas por los grandes medios europeos.

Allí hace un despliegue de creatividad, en un tono tan propio y alegre del Caribe, que logra cautivar con temas aparentemente simples. Gerald Martin (2012) diría que con esta forma de hacer periodismo da a entender “que las noticias no eran obra de políticos y celebridades, sino de los periodistas que los seguían y los convertían en historias” (p. 38). Sin embargo, se debe destacar que no improvisó en su oficio, aunque en algunas ocasiones su producción era el trabajo ajustado a las normas editoriales, como forma de ganarse el pan de cada día. Pero el resultado lograba una buena mezcla de creación y análisis que acrecentaba su público lector.

Gran parte de la intelectualidad en América Latina se ha interesado desde sus diversas disciplinas por comprender los problemas sociales que afectan a este continente, considerado el más desigual del mundo. Lo más importante es que dentro de su campo de acción asumen una actitud decorosa que los compromete y los lleva no solo a asumir posturas, sino también a poner en práctica lo que saben hacer para contribuir de alguna manera a mejorar los factores que dignifican la condición humana.

A través de sus narraciones, notables escritores latinoamericanos hacen que la palabra no solo tenga un sentido estéticamente bello, con una prosa fluida y una poesía sublime, sino que también tenga sentido



en la medida en que expresa lo que una gran mayoría no puede hacer. Ellos asumen el papel de representar a todos los que la sociedad invisibiliza y olvida. De ahí el gran valor de esos destacados escritores que deleitan con su prosa o su poesía, pero a la vez logran cultivar valores para el beneficio de sus respectivas sociedades, como es el caso particular de Gabriel García Márquez.

En su análisis sobre las estructuras de poder en América Latina, Darcy Ribeiro (1984) señalaba que:

Las disparidades no podrían ser mayores, sobre todo entre las situaciones de vida de una pequeña minoría superprivilegiada y de la inmensa mayoría marginada. Es evidente que tal desigualdad solo puede mantenerse porque se generó a lo largo de siglos por el sistema y tiene la capacidad de persistencia peculiar de productos históricos. Y sobre todo porque los sectores desheredados están estrictamente subordinados a una ordenación social armada de fuerzas represivas que mantienen intacta la estructura social. En estas circunstancias, la nación no llega a ser el cuadro dentro del cual se cumple el destino de todos sus miembros y en cuya ordenación cada sector ejerce cierta influencia, sino un reducto de privilegiados defendido por una estructura de poder que se impone a todos y que se empeña en no abrirse jamás al examen, a la crítica y a la reformulación. En consecuencia, más desigualitaria que la distribución económica es la distribución del poder, o sea, el grado de influencia de cada sector estructural en la toma de decisiones que afectan el destino común (Ribeiro, 1984, p. 89).

La misión social del escritor y periodista colombiano tuvo entre sus aristas la democratización y la socialización del periodismo. Por eso muchas de sus noticias y reportajes los hacía con un protagonista que nadie conoce, que no le interesa a ningún medio grande, que no tiene una posición económica ni un estatus social sobresaliente, aquel “ciudadano de a pie” que siempre han excluido las relaciones de poder.

No cabe duda de que su producción periodística y literaria será inspiración para muchas personas en el mundo que hoy se interesan por ahondar más en el conocimiento de su vida y obra.

Su impacto provocó que varios investigadores con serio reconocimiento y prestigio en el ámbito literario universal profundizaran y dedicaran décadas a la consolidación de trabajos sobre él. García Márquez no solo se dio el gusto de conocerlos, sino que fue copartícipe de ellos al conceder entrevistas y diálogos, brindar información,



solicitar la colaboración de amigos y familiares en la atención que ellos requerían.

Varios han sido los resultados. Entre ellos cabe destacar a Jacques Gilard (Toulouse, 1942-2008), quien además de traductor, investigador, editor y crítico de parte de su obra literaria, cumplió la titánica tarea de la recopilación y edición de la obra periodística de García Márquez. Su experiencia en la consulta minuciosa de diferentes fuentes y archivos le permite recuperar cuentos olvidados en la memoria de Gabo.

Fabio Rodríguez (2015), en el prólogo de la obra póstuma del escritor francés *Así leí a García Márquez*, afirma:

Con razones inatacables, Gilard traza un perfil de García Márquez desde antes hasta después de *Cien años de soledad*, de los sueños, privaciones y realizaciones de un escritor en un país con las características de Colombia, que nunca se plegó a los deseos del poder ni fue artista de régimen, hasta sus conscientes o inconscientes guiños con el mismo” (p. 13).

Resulta de gran valor el aporte de Jacques Gilard, puesto que permite conocer otro aspecto de mayor envergadura poco explorado de la obra del colombiano:

En efecto, en este estudio se reconoce como la mayor empresa de García Márquez, por la calidad de su compromiso con la sociedad civil: la definición de la identidad colombiana, fundada sobre el mestizaje (en todas sus acepciones), negado sistemáticamente por los estamentos del poder y de las clases dirigentes que reconocían como colombiano solo la parte blanca de sus componentes” (p. 13).

Especial interés también genera la biografía y los estudios sobre García Márquez escritos por Gerald Martin, quien confiesa que el nobel lo trasnochaba desde que leyó *Cien años de soledad*, en el México convulso de 1968. Su extenso estudio es importante porque motiva a quienes estén interesados en hacer investigaciones sobre la línea ideológica y política con la que se identificó Gabo. Su abre bocas apunta a que García Márquez “toda la vida fue socialista” (Baldrich, 1944).

Toda una serie de personalidades que se destacan en la vida nacional, como María Elvira Samper, María Jimena Duzán, Dasso Saldívar, Conrado Zuluaga, Plinio Apuleyo, Oscar Collazos y Darío Arizmendi, entre otros, han dedicado sustanciosos estudios y libros al colombiano.



Estos resultados abren nuevas aristas para posibles temas de estudio de investigadores que hoy se apasionan por esta faceta del escritor. En la actualidad, algunas facultades de comunicación social y periodismo de Colombia y otros países estudian su obra, que seguramente estará vigente como legado al nuevo periodismo.

En la actualidad, el Centro Harry Ransom y Lilas Benson Colecciones y Estudios Latinoamericanos, de la Universidad de Texas, en Austin, inauguraron el archivo de García Márquez con el simposio *Gabriel García Márquez: Vida y legado (1927-2014)*.

El Centro Harry Ransom sobresale como biblioteca de investigación y museo en el área de humanidades, mientras que la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson es sede de una de las bibliotecas más reconocidas del mundo para el estudio de la historia y la cultura latinoamericanas y de los latinos en Estados Unidos.

Desde la llegada del archivo en octubre pasado, bibliotecarios, archivistas y expertos en la conservación han estado trabajando en catalogarlo y preservarlo para hacerlo accesible a la amplia comunidad investigadora. Así lo afirmó Stephen Ennis, director del centro de estudios: “Todos los que hemos participado en este trabajo esperamos que contribuya por muchos años al entendimiento de la vida y el trabajo de García Márquez” (Cadiz, 2014).

De igual manera, se debe valorar el esfuerzo y empeño de Lisandro Duque, compañero y amigo de Gabo, junto al cual trabajó en otro de los grandes proyectos: la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y la creación de la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños.

García Márquez, al aceptar ser director de esta Fundación, rememora los días en que estudió cine en Italia:

Por aquellos días de Roma viví mi única aventura en un equipo de realización de cine. Fui escogido en la Escuela como tercer asistente del director Alessandro Blasetti en la película *Lástima que sea una canalla*, y esto me causó una gran alegría, no tanto por mi progreso personal, como por la ocasión de conocer a la primera actriz de la película, Sofía Loren. Pero nunca la ví, porque mi trabajo consistió, durante más de un mes, en sostener una cuerda en la esquina para que no pasaran los curiosos. Es con este título de buen servicio, y no con los muchos y rimbombantes que tengo por mi oficio de novelista, como ahora me he atrevido a ser tan presidente en esta casa, como nunca lo he sido en la mía, y a hablar en nombre de tantas y tan meritorias gentes de cine (Ángel, 2014, p. 98).



En Colombia, Lisandro Duque, como director de Canal Capital, asumió el compromiso de presentar un ciclo televisivo donde se muestran aspectos y facetas de García Márquez relacionadas con la narrativa, el periodismo, el cine, así como talleres para escribir cuentos, donde se aprecia la calidez y experiencia del escritor para compartirlos con otras personas.

Estas experiencias son comentadas, además, por las personas que compartieron esos momentos, y su impacto en nuestra sociedad es útil en la medida en que recupera la memoria histórica y desmitifica la imagen distorsionada que algunos desconocedores de su vasta obra han querido preservar.

Quizás las mismas palabras con las cuales García Márquez le respondió en la entrevista a María Elvira Samper sobre los motivos para escribir *El general en su laberinto* sean una forma que nos permita ver al libertador en su plena condición humana y, de ese modo, presentarlo sin las falsas etiquetas de aquellos que lo han concebido como un ser extraño y distante de la realidad.

Hay un momento en que me pongo a pensar en cómo sería ese hombre, para poder saber si tiene que hablar, si tiene que moverse [...] Y empiezo a hundirme, a hundirme, y entonces me doy cuenta —¡qué barbaridad! — de que este hombre no tiene absolutamente nada que ver con lo que le enseñan a uno en la escuela. Comencé a leer biografías de Bolívar y fui dándome cuenta de la clase de ser humano que era. Lo encontré tan familiar, tan conocido. Era como mucha gente que conozco en Venezuela, en Colombia. Era muy caribe. Empecé a quererlo mucho y empecé a tener una gran compasión de él. Y, sobre todo, empecé a sentir rabia por lo que le habían hecho (Samper, 1985).

Se hace necesario estudiar y profundizar la historia latinoamericana para reconocer las miserias y bondades que enfrentan quienes se preocupan por la comprensión del ser humano, por su imprescindible libertad, y de esa forma reivindicar la obra de hombres y mujeres de buena voluntad que se interesan en que el hombre pueda realizarse sin que su actividad humana esté subordinada o dependa de la dominación que ejercen los grandes y poderosos sobre los débiles.

Nuevas formas de hacer periodismo son necesarias para combatir la manipulación y las prácticas erradas que cierran las posibilidades de muchos a soñar con un mundo mejor y desplegar plenamente la función social de la actividad humana, pues este parece estar diseñado para un “selecto grupo” que maniobra de manera tal que obstaculiza



la capacidad organizativa y ensancha las realizaciones del individuo en detrimento de las de la comunidad.

García Márquez, desde un periodismo que bautizó como militante, logró impactar y abrió posibilidades para que en las escuelas de periodismo se planteasen estas nuevas opciones de hacer un periodismo que le sirviese al país y permitiese al periodista desplegar cabalmente su función social.

En ese panorama en que se debate el periodismo de entregar una información veraz, eficiente y oportuna, frente a una edición maniquea que contradice y confunde, cobran mayor validez las posturas de este colombiano que no se dejó seducir por las mieles del poder.

En 1896, el general Rafael Uribe Uribe pronunció un discurso en el cual se evidenciaba el control que ha tenido históricamente la hegemonía conservadora frente a los medios de comunicación y los periodistas. Allí afirmaba:

Señor Presidente, no es gratuito el odio implacable que los hombres nuevos le tenemos a la Regeneración. Ella ha impedido en nosotros el funcionamiento de toda facultad y ha matado en germen toda aptitud; no han pulsado su lira los poetas porque el ambiente de la tiranía no es propicio para repercutir las notas de una libre inspiración; quien pudo ser periodista se ha visto una y otra vez con la pluma rota en la mano, y sujeto a lo que un diario palaciego llamó no hace mucho “la argolla del silencio”, y al que pudo formarse orador se le ha quitado toda ocasión de ejercitarse en el uso de la palabra, por la supresión del parlamentarismo genuino y del derecho de reunión (Eastman, 1979, pp. 12-13).

El poder de los medios de comunicación ha logrado orientar el proceso de socialización construyendo la opinión pública en forma artificial a través de campañas publicitarias, que invitan a consumir y asumir productos y formas de vida foráneos que son indiscriminadamente presentados como universales, sin tomar en consideración los valores auténticos de las distintas regiones y países del orbe, y, por otro lado, desde tiempos anteriores se ha visto sometido al poderío económico que orienta y diseña las estrategias con las cuales se debe ofrecer la información. Ante esta forma de poder informativo, el presupuesto ético del mejor vivir queda empañado. La insensibilidad ante la necesidad del otro no es un tema que impacte, el trasfondo de los problemas estructurales se diluye ante la presencia de propagandas inútiles y vacías.



Con su periodismo militante, García Márquez quiso mostrar la otra cara de la moneda, esa que encierra la vida de muchos seres humanos abandonados, maltratados, sometidos a improperios y al abandono total del Estado. Lo interesante es que en muchos casos logró que se convirtieran en una preocupación colectiva destinada a ayudar a resolver la situación adversa que a veces trae consigo la paradójica condición humana.

## Referencias

- Ángel, E., Panichelli, S. (2004). *Gabo y Fidel: el paisaje de una amistad*. Bogotá: Editorial Planeta Colombia-Espasa.
- Baldrich, A. (1990). Especial Gabriel García Márquez: ¿Por qué Fidel Castro? *Credencial*. Disponible en: <http://www.revistacredencial.com/credencial/node/1944>.
- Bloch, E. (1977). *El principio esperanza*. Madrid: Aguilar.
- Baldí, C. (2016). Derechos humanos e interculturalidad: una mirada desde Zapata Olivella. En W. Mina (selección), *Manuel Zapata Olivella. Un legado intercultural. Perspectiva intelectual, literaria y política de un afrocolombiano cosmopolita* (pp 239-252). Bogotá: Ediciones desde Abajo.
- Cádiz, A. (24 de noviembre de 2014). La universidad de Texas adquiere el archivo de García Márquez. *El País*. Recuperado de [https://elpais.com/cultura/2014/11/24/actualidad/1416843920\\_511749.html](https://elpais.com/cultura/2014/11/24/actualidad/1416843920_511749.html).
- Castro, G. (1976). Entrevista. Gabriel García Márquez con RTI y Germán Castro Caicedo. Recuperado de [www.youtube.com/watch?v=F2\\_gao73oJ0](http://www.youtube.com/watch?v=F2_gao73oJ0).
- Castro, R. (1969). Con Gabriel García Márquez. En P. Martínez (selección), *Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez* (p. 33). La Habana: Centro de Investigaciones Literarias Casa de las Américas.
- Díaz-Granados, J.L. (2005). *Grandes periodistas Gabriel García Márquez periodista*. La Habana: Editorial Pablo de la Torre.
- Durán, A. (1984). Conversaciones con García Márquez. En Colectivo de autores, *Recopilación de textos sobre Gabriel García Márquez* (p. 40). La Habana: Casa de las Américas.
- Eastman, J. (1979). Rafael Uribe Uribe: Obras selectas. En *Colección Pensadores Políticos Colombianos -Cámara de Representantes* (pp. 12-13). Bogotá: Imprenta Nacional.



- Freire, P. (2010). *Pedagogía de la autonomía y otros textos*. La Habana: Editorial Caminos.
- García, G. (2015). *Por la libre: Obra periodística 4, 1974-1995*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial S.A.S.
- García, G. (1993). *El olor de la guayaba: conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- García, G. (2007). *Noticia de un secuestro*. La Habana: Imprenta Alejo Carpentier.
- García, G. (1990). *Prefacio para un nuevo milenio*. Manuscritos, Harry Ransom Center, The University of Texas at Austin, Digital Collections. Recuperado de <https://hrc.contentdm.oclc.org/digital/collection/p15878coll73/id/7605/rec/93>
- García, G. (1976). *Crónicas y reportajes*. Bogotá-Caracas-La Paz-Lima-Quito: Editorial Oveja Negra.
- Grillo, R. (2010). *Escribir la historia: descubrimiento y conquista en la novela histórica de los siglos XIX y XX*. Murcia: Cuadernos de América sin Nombre.
- Lojo, M. (2004). La raíz aborígen como imaginario alternativo. En H. Biagini, A. Roig, (Eds), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX. Identidad, utopía, integración* (p, 311, T.I.). Buenos Aires: Biblios.
- Martin, G. (2012). Gabriel García Márquez, periodista: Una visión panorámica. En H. Feliciano (Ed.), *Gabo periodista* (p. 38). Colombia: Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano - Editorial Maremágnun.
- Mora, R. (1995). *Taller en Miraflores de la Sierra*. Madrid: El País.
- Ribeiro, D. (1984). *El dilema de América Latina, estructuras de poder y fuerzas insurgentes*. México: Siglo XXI Editores.
- Rodríguez, F. (2015). Prólogo. En G. Jacques, *Así leí a García Márquez* (pp. 9-18). Bogotá: Collage Editores.
- Rodríguez, S. (2004). *Inventamos o erramos*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericanos.
- Samper, M. (4 de octubre de 1989). *Es un libro vengativo*. *Semana*. Recuperado de <http://www.semana.com/especiales/articulo/es-un-libro-vengativo/11551-3>